

dulces”, como la generosidad o la hospitalidad. Conforme se avanza en los estados civilizatorios, las pasiones cambian y se van apaciguando las pasiones “tumultuosas”, a lo cual contribuye de modo esencial la educación, la religión y el derecho. Todo ello deberá terminar en un estadio de la sociedad donde el “bien público” será la última y más apreciada “pasión”.

El trabajo que cierra el volumen, “Madame Helvétius y Sophie de Grouchy, impulsoras de la Revolución francesa”, de Ricardo Hurtado (US), incide en la influencia que tuvieron los “salones” como espacios para la revolución. Concretamente recuerda que fueron dos mujeres, Madame Helvétius y también Sophie de Grouchy, las que llevaron y promovieron en sus salones ideas revolucionarias. La primera, defendiendo

las ideas materialistas y ateas de su marido y dando cobijo a revolucionarios como B. Franklin. También apoyando el derribo de los principios de la tradición y de Dios a favor de la institución de una república. La segunda, comprometiéndose con las clases populares y con la igualdad promoviendo una *Sociedad Fraternal de Ciudadanos de Ambos Sexos*.

En suma, *Poéticas del sujeto* es un libro que responde a la intención de innovación del proyecto que lo anima y que cumple con creces las expectativas de un trabajo en textos y cuestiones orilladas con frecuencia en el tratamiento de la ilustración, y que han sido abordadas con todo rigor.

Jesús González Fisac  
(Universidad de Cádiz)

WITTGENSTEIN, L (2017): *Dictado Para Schlick*. Traducción, prólogo y notas: Jesús Padilla Gálvez, Margit Gaffal. Madrid: Ápeiron Ediciones, 185 páginas.

Siempre pareció sorprendente que el filósofo más influyente del siglo XX – Ludwig Wittgenstein- hubiera publicado muy poco material filosófico en vida. Pero resultó, no obstante, ser de una importancia tal que ciertamente dejó una huella imborrable en el pensamiento posterior. El *Tractatus Logico-Philosophicus* pasa por ser indiscutiblemente una obra icónica en la cultura filosófica del pasado siglo.

La innegable honestidad de Wittgenstein le llevó, sin embargo, a modificar sus planteamientos al estimar que éstos habían quedado obsoletos, dado que a su entender no aclaraban adecuadamente los problemas de la filosofía. Resulta inaudito dicho cambio cuando las palabras finales del prólogo al *Tractatus* no dejan lugar a dudas respecto al alcance de las intenciones del libro:

La *verdad* de los pensamientos aquí comunicados me parece, en cambio, intocable y definitiva. Soy, pues, de la opinión de haber solucionado definitivamente, en lo esencial, los problemas (“die Probleme im Wesentlichen endgültig gelöst zu haben”) (cursivas en el original)<sup>1</sup>

Pero para Wittgenstein, las cuestiones filosóficas –la filosofía misma- no resultaba un pasatiempo, sino una actividad a la que dedicar la vida entera. Si algún *motto* pudiera deducirse del rigor y la intensidad con la que encaraba su trabajo intelectual, éste podría ser –sin lugar a dudas- la claridad. Precisamente en un prólogo ideado

1 Traducción de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera.

para lo que luego serían las *Investigaciones Filosóficas*, Wittgenstein señalaba abiertamente: “Para mí (...) la claridad, la transparencia, es un fin en sí”. Que los problemas filosóficos hubieran quedado aclarados en lo esencial, no resultó óbice para que el pensador austríaco volviera a replantearse las cuestiones en una perspectiva diferente. Wittgenstein retornó a la filosofía cuando pensó que realmente tenía algo nuevo que decir. Y este “algo nuevo” no fue otra cosa que utilizar la *terapia* de confrontar los problemas filosóficos atacando los enredos en los que nos metía el lenguaje.

Esta perspectiva original no fue, sin embargo, del agrado de su mentor Russell, quien acabó por “ajustar cuentas” con el pupilo, despachándose de una forma tan agria como contundente:

Wittgenstein, que podía jugar con los enredos metafísicos tan inteligentemente como Pascal con los hexágonos o Tolstoi con los emperadores, arrojó por la borda su talento y se degradó ante el sentido común, como Tolstoi ante los campesinos; en uno y otro caso por un impulso de orgullo. Admiré el *Tractatus* de Wittgenstein, pero no su obra posterior, que me pareció encerrar una abjuración de su mayor talento, muy similar a las de Pascal y Tolstoi.

(...)

Desde 1914, tres filosofías han dominado sucesivamente el mundo filosófico británico; primero la del *Tractatus*, de Wittgenstein; segundo, la de los positivistas lógicos, y tercero, la de las *Investigaciones filosóficas*, de Wittgenstein. De ellas, la primera ejerció considerable influencia sobre mi pensamiento, aunque ahora pienso que tal influencia no fue completamente buena. La segunda escuela, la de los positivistas lógicos, tuvo

mi general simpatía, aunque estuve en desacuerdo con algunas de sus doctrinas más distintivas. La tercera escuela, que por comodidad designaré WII, para distinguirla de las doctrinas del *Tractatus*, que llamaré WI, continúa siendo completamente ininteligible para mí. Sus doctrinas positivas me parecen triviales, y sus doctrinas negativas, infundadas. No he hallado en las *Investigaciones Filosóficas* de Wittgenstein nada que me parezca interesante, y no comprendo que toda una escuela halle sabiduría en sus páginas.

(...)

Siento una irresistiblemente fuerte predisposición contra ella porque, si es acertada, la filosofía es, cuanto más, una ligera ayuda a los lexicógrafos, y cuando menos, una ociosa distracción de sobremesa<sup>2</sup>.

Pero ya en vida de Wittgenstein, Russell manifestó sus dudas del valor de la actividad filosófica con la que el filósofo austríaco quería retomar las riendas de la discusión intelectual. En 1929, Wittgenstein solicitó una beca con la intención de continuar sus investigaciones, para lo que precisaba el apoyo escrito de Russell, quien en su carta de 8 de mayo de 1930 -enviada al Consejo del Trinity College- dejó caer lo siguiente: “Las teorías contenidas en este nuevo trabajo de Wittgenstein son novedosas, muy originales, e indudablemente importantes. Si son verdaderas o no, no lo sé. Como lógico al que le gusta la simplicidad, desearía pensar que no lo son”, tras lo que respaldaba la solicitud de ayuda para Wittgenstein. Quien conoce los avatares y la importancia de las cartas de recomendación en el mundo filosófico anglosajón, rápidamente puede adver-

2 *La evolución de mi pensamiento filosófico* (1982). Madrid: Alianza Editorial, pp.226-228.

tir el significado de largo alcance de una reserva como ésta.

De todas formas, dicha reserva no impidió que Wittgenstein siguiera escribiendo y manifestara una progresión en su discurso filosófico, que culminaría con otra revolución de cuya influencia nos seguimos nutriendo. En estos “avances” se enmarca la casi totalidad del libro *Ludwig Wittgenstein, Dictado para Schlick*, que nos ofrece la editorial Ápeiron. Es de rigor y justicia saludar por múltiples razones toda edición de aquellos textos de Wittgenstein que no responden, como tales, únicamente a las publicaciones de *Tractatus* e *Investigaciones Filosóficas*. El filósofo vienés fue enormemente pródigo en reflexiones que solamente poco a poco van apareciendo tanto para el público culto como también para los profesionales en filosofía. Pudiera expresarse la reticencia de que dichos escritos mayormente supondrían simples esbozos o bocetos que en poco aportarían a la profundidad filosófica de Wittgenstein. Pero quien conoce bien al pensador austríaco sabe que esto no es así.

Las reflexiones que Wittgenstein ha dejado por escrito son numerosas, y ponen en evidencia la permanente tensión de un filósofo que hizo del trabajo de análisis filosófico una auténtica vocación y una razón existencial fundamental. De ahí que el recuperar –aunque sea en textos breves como el presente– dicha tensión sea siempre algo que agradecer, en la medida en que nos aclaran el itinerario intelectual del propio Wittgenstein.

Que en este caso el interlocutor escogido sea Moritz Schlick tampoco es baladí. Es cierto que el filósofo austríaco mantuvo una conexión cercana con numerosos pensadores del contexto anglosajón tanto como del germánico. Pero es igualmente evidente que sus contactos con el Círculo de Viena resultaron en debates de altura intelectual insoslayable. Además, en una medida cierta-

mente importante, Wittgenstein se convirtió en una suerte de icono para quienes acabaron viendo el *Tractatus* como una especie de “evangelio secular”.

La relación de Wittgenstein con el Círculo fue ciertamente fructífera, aunque es muy probable que no se sintiera totalmente comprendido en su trabajo. Su concepción de la ética distaba mucho de las discusiones labradas en el Círculo, donde primaba una perspectiva de corte emotivista, si bien en el caso de Schlick resultaba cercana en algún sentido al utilitarismo. Para Wittgenstein, en ese momento la ética no solamente no era *expresable*, sino que tampoco se podía fundamentar. Schlick, por su parte, entendía que los problemas de la ética eran cuestiones de hecho, lo que permitía que se incluyeran en el terreno de las ciencias puesto que podían ser comprendidos dentro del ámbito de la psicología. De ahí surgió un debate que relata Friedrich Waismann, en el que Wittgenstein expondrá sus enormes diferencias sobre el particular, articulando una contestación que en gran medida bebía todavía directamente de los aforismos del *Tractatus*:

Dice Schlick que en la ética teológica existen dos conceptos sobre la esencia del bien: según la interpretación más superficial, el bien lo es porque así Dios lo quiere; según la más profunda, Dios quiere el bien porque lo es. Encuentro que el primer concepto es el más profundo: es bueno lo que Dios manda. Este concepto zanja el camino a cualquier otra explicación que se quiera dar sobre el “por qué” el bien lo es; mientras que el segundo concepto es el superficial y racionalista, porque procede “como si” aquello que es el bien todavía se pudiera fundamentar.

El primer concepto nos dice claramente que el ser del bien no tiene que

ver con los hechos y que, por ende, no se puede aclarar mediante proposición alguna. Si alguna proposición hay que aclara justamente lo que quiero indicar es ésta: Es bueno lo que Dios manda<sup>3</sup>.

Pero lo significativo del trabajo que aquí nos ocupa es que refiere al Wittgenstein “en transición”; al Wittgenstein “intermedio”, digamos. Su vuelta al mundo filosófico replanteó los problemas en una dimensión que a la postre sería decisiva en los últimos cincuenta años de la filosofía del siglo XX tras la publicación de las *Investigaciones Filosóficas*. Aunque los textos finales de esta edición de Ápeiron se dedican a discusiones propias del *Tractatus*, la mayor parte tienen que ver con polémicas que muestran la inestimable “pelea” que Wittgenstein mantuvo con los términos psicológicos.

El problema cartesiano clásico sobre el valor y significado del “yo” encerraba a éste en la imposibilidad de conectar apropiadamente con el “mundo”, dándole una prioridad tanto ontológica como semántica que a la postre resultaba contraproducente: dicho concepto se disolvía en una especie de “inmediatez de lo subjetivo” que parece que nos permitía comprender y fundamentar el carácter y significado de nuestras experiencias psicológicas. Lo importante, sin embargo, residía en determinar cómo aprendemos el significado de los términos implicados. Este aprendizaje en absoluto estaría separado de dichos conceptos sino que, antes bien, los determinaba de tal manera que no podríamos separar el proceso de conformación semántica de la propia existencia de las entidades a las que presuntamente refieren. Aquí reside lo sor-

prendente del análisis de Wittgenstein. Para Descartes –referencia última de la crítica–, las experiencias psicológicas son directas y, por así decirlo, fundacionales:

Esa palabra “yo” no tiene ninguna posición privilegiada respecto a las otras palabras que usamos en la vida práctica, a menos que la empecemos a usar como lo hizo Descartes. Wittg[enstein] tiene, por lo tanto, que convencernos de una posición contraria al énfasis del “yo” de Descartes.

El valor de dicha expresión es únicamente gramatical, y remite al propio proceso de conformación significativa. No existe, pues, entidad alguna al margen de dicho proceso.

El primer texto de la publicación objeto de esta reseña es una interesante expresión de un problema que Wittgenstein volvió a discutir posteriormente: el “asunto del dolor”. Esta cuestión es, en realidad y a fin de cuentas, una cuestión gramatical. En principio, parece que todos deberíamos tener un acceso directo e inmediato a dicha experiencia, la que podemos denominar “experiencia interior”. Pero ¿cómo podemos “hablar” de dolor? Es decir, ¿qué significado tiene dicho término al margen de la circunstancia de que yo lo “poseo”? En realidad, la configuración de dicho significado es un asunto “público”, de reglas, porque éstas también son inevitablemente públicas. Solamente así podemos “hablar” de dolor y decir con relativo acierto que igualmente mis interlocutores padecen este o aquel dolor. El uso de la palabra es lo que determina el papel que los conceptos psicológicos juegan y nos permite hablar de las experiencias de otros. Ciertamente, es en este sentido como podemos decir que tales experiencias “existen”, aunque no

3 Waismann, F. (1973), *Ludwig Wittgenstein y el Círculo de Viena* (edición preparada por B. F. McGuinness), México: Fondo de Cultura Económica, p.102.

las *padezcamos* nosotros. Y podemos saber que las *padedemos* en la medida en que podemos reconocerlas en otros:

Y digo en este sentido que el otro tiene lo que yo tenía aunque dicha transición no nos conduce de mi dolor de muelas a su dolor de muelas, sino (como yo tendría que decir ahora) de mi dolor de muelas en mi boca a mi dolor de muelas en su boca

Tomamos decisiones sobre los usos del lenguaje, y esto es lo que nos permite dar su significado concreto a los términos y, así, permitir que los conceptos asociados “existan” incluso para experiencias tan directas como las que decimos tener “en primera persona”. Dichos conceptos no son nada “misterioso” cuando analizamos cómo funciona nuestro lenguaje. Al ajustarlo adecuadamente –aclararlo- los presuntos “misterios” terminan por desaparecer.

Este modelo reflexivo se aplica, pues, a todas las circunstancias en que conceptos de estas características están en juego. Pasa igualmente con la idea de “pensamiento”, por ejemplo, pero también con la experiencia de “estar enojado” (pp.124-129 del original inglés del texto). Dichas palabras carecen –al igual que la del propio “yo”- de una posición privilegiada, ni tan siquiera cuando con ellas referimos a sensaciones o a objetos como el cuerpo: “What this comes to is that the Word ‘I’ can’t be replaced by ‘this body’, but at the same time it has only meaning with reference to a body”<sup>4</sup>.

El texto ofrece posteriormente pequeñas piezas sueltas que constituyen un mosaico

de pinceladas sobre temas que quedaron engarzados en discusiones de más amplio alcance, para acabar con unas consideraciones más afines a los planteamientos tractarianos (“Todo conocimiento es mediato”), con expresiones que llegan incluso a sonar programáticas: “Ist eine Antwort undenkbar, so ist auch die Frage nicht möglich. Unlös-baren Fragen gibt es nicht. Die Erkenntnis hat keine Schranke”<sup>5</sup>.

Recuperar nuevamente el pulso del pensamiento de Wittgenstein no es tarea ociosa, aunque sea a base de pequeños textos como los que esta obra reúne. No se trata, pues, de una actividad nostálgica o que pretenda expresar un afán al modo como lo manifestaría un mero coleccionista de antigüedades. Antes bien, se convierte en la expresión de un interés por trazar –aunque sea a base de pequeñas pistas- los latidos intelectuales del filósofo más influyente del siglo XX. Solamente por esta intención ya estaría más que justificada la publicación de esta obra, a la que todo apasionado por el pensamiento wittgensteiniano debe saludar.

### Referencias

- RUSSELL, Bertrand (1982): *La evolución de mi pensamiento filosófico*, Alianza Editorial, Madrid.
- WAISMANN, Friedrich (1973): *Ludwig Wittgenstein y el Círculo de Viena*, Fondo de Cultura Económica, México.
- WITTGENSTEIN, Ludwig (1994): *Tractatus Logico-Philosophicus*, Altaya, Barcelona.

Joaquín Jareño Alarcón

4 Traducido por los editores como: “Lo que esto viene a decir es que la palabra ‘yo’ no puede sustituirse por ‘este cuerpo’, pero que, al mismo tiempo, solo tiene sentido con referencia a un cuerpo” (de las notas de Alice Ambrose).

5 Traducido por los editores como: “Si una respuesta es impensable, entonces la pregunta no es posible. No existen las preguntas insolubles. El conocimiento no tiene límites”.